
El camino de la Iglesia de la primera tradición democrática de América

The path of the Church of the first democratic tradition of America

Le chemin de l'Église de la première tradition démocratique d'Amérique

Fausto Rosario Adames*

Resumen

En el siguiente texto se coloca una serie de testimonios de religiosos y religiosas sobre el escaso desarrollo de las llamadas comunidades eclesiales de base (CEBs) en la Iglesia dominicana que, a pesar de un tener un pasado de compromiso con los pobres, presenta una ambivalencia en la cercanía con los oprimidos. Se presenta un recorrido histórico muy breve sobre la relación entre Iglesia y el Estado dominicano para luego pasar a la experiencia de sacerdotes y religiosas comprometidos con una iglesia cercana a las comunidades empobrecidas del país tanto en los barrios de la ciudad capital como en las zonas rurales.

* Periodista dominicano. Estudió Comunicación Social en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (1985) y se especializó en periodismo radiofónico en Ecuador. Se ha desempeñado como comentaristas en programas de tv, asesor de comunicación de Profamilia y director de diarios digitales. Ha sido galardonado con el premio a la Excelencia Periodística don Rafael Herrera (2002). Docente, escritor y director de la Editora Acento, cuyos medios son el periódico digital Acento.com.do y el canal por sistema de cable Acento TV.

El texto no pretende ser un estudio exhaustivo del compromiso social de la Iglesia católica dominicana ni una historia de la iglesia en el país; sino el acercamiento del autor a una experiencia que ha sido significativa para América Latina, sin embargo, en República Dominicana no tuvo la presencia esperada: las comunidades eclesiales de base. Por último, se ha dejado en el anonimato a los autores de los testimonios para respetar su privacidad.

Palabras claves: Comunidades Eclesiales de Base, Iglesia dominicana, Religiosos, Sacerdotes, Catolicismo.

Resume

In the following text a series of testimonies from men and women religious are placed on the scant development of the so-called Base Ecclesial Communities (CEBs) in the Dominican Church that, despite having a past of commitment to the poor, presents an ambivalence in closeness to the oppressed. A very brief historical journey is presented on the relationship between the Church and the Dominican State, and then we go on to the experience of priests and religious committed to a church close to the impoverished communities of the country, both in the neighborhoods of the capital city and in rural areas.

The text does not pretend to be an exhaustive study of the social commitment of the Dominican Catholic Church or a history of the church in the country; but rather the approach of the author to an experience that has been significant for Latin America, however, in the Dominican Republic it did not have the expected presence: The Base Ecclesial Communities. Finally, the authors of the testimonials have been left anonymous to respect their privacy.

Keywords: Base Ecclesial Communities, Dominican Church, Religious, Priests, Catholicism.

Résumé

Dans le texte suivant, une série de témoignages d'hommes et de femmes religieux est placée sur le

faible développement des communautés ecclésiales de base (CEB) dans l'Église dominicaine qui, malgré un passé d'engagement envers les pauvres, présente une ambivalence dans proximité avec les opprimés. Un très bref tour historique de la relation entre l'Église et l'État dominicain est présenté, puis nous passons à l'expérience de prêtres et de religieux engagés dans une église proche des communautés pauvres du pays, à la fois dans les quartiers de la capitale. ville et dans les zones rurales.

Le texte ne prétend pas être une étude exhaustive de l'engagement social de l'Église catholique dominicaine ou une histoire de l'Église dans le pays; mais plutôt l'approche de l'auteur à une expérience qui a été significative pour l'Amérique latine, cependant, en République dominicaine, elle n'a pas eu la présence attendue: les communautés ecclésiales de base. Enfin, les auteurs des témoignages ont été laissés anonymes pour respecter leur vie privée.

Mots clés: Communautés ecclésiales de base, Église dominicaine, religieux, prêtres, catholicisme.

Introducción

La Iglesia católica continental conserva todavía una gran deuda con los misioneros que se radicaron en la isla de Santo Domingo, y que sentaron las bases para la identificación social con los oprimidos aborígenes a quienes se les negó hasta la posibilidad de que tuvieran almas y de que pudiesen ser evangelizados.

Esa deuda se acrecienta cada día, especialmente de parte de la Iglesia católica dominicana que, pese a los movimientos democráticos en los que se ha insertado, jerárquicamente conserva una postura aún reducida en su aprobación de los movimientos plenamente identificados con los pobres y con la teología de la liberación.

La tierra de los primeros misioneros que llegaron a América y sembraron las raíces de la identificación de la Iglesia con los pobres es precisamente en uno de los lugares en donde ha tenido menos impacto el movimiento eclesial progresista, por vía de las comunidades eclesiales de base.

Sin embargo, los intentos por abrir caminos en una tradición autoritaria, políticamente adherida a los grupos más conservadores del país, no han sido pocos ni han venido en vano. Son muchos los casos de movimientos sociales estimulados por grupos católicos de las bases, y que tienen profundas raíces cristianas, como las luchas por la recuperación de las tierras estatales, la reforma agraria, el movimiento cooperativista, el movimiento juvenil y hasta el movimiento popular, que han crecido y tenido significación por la inspiración progresista cristiana de la que han partido.

La Iglesia en la dictadura de Trujillo

La dictadura de Trujillo (1930-1961) estuvo acompañada, forzosa o voluntariamente, por la jerarquía católica. Eso no evitó que, a la sombra de los movimientos cristianos, incluidos los seminarios de formación de vocaciones, se prohicieran movimientos contrarios a la dictadura, y que al final de sus años el dictador mereciera la repulsa pública de los obispos por la comisión de crímenes horripilantes y repudiables a los ojos hasta de los insensibles.

Trujillo no solo construyó templos católicos por todo el país, sino que firmó el Concordato, 1954, que concedió facilidades y privilegios oficiales, como la propiedad sobre todos los bienes bajo su uso, incluyendo monumentos históricos, al mismo tiempo que estableció el Vicariato Castrense, y otorgó todas las potestades para que la educación pública fuese orientada exclusivamente por la Iglesia. Abrió la entrada a un número significativo de las congregaciones religiosas y en los prime-

ros años de su régimen permitió el regreso de la Compañía de Jesús que había sido expulsada en 1767.

Apoiado en estos privilegios, ya en medio de un conflicto político con una parte de la jerarquía, Trujillo estimuló el pedido del sacerdote Zenón Castillo de Aza, de que se le otorgase el título de «Benefactor de la Iglesia», solicitud que fue rechazada por los cinco obispos con que contaba la Iglesia Católica Dominicana.

La Carta Pastoral del 25 de enero de 1960 separó definitivamente a la Iglesia del trujillismo y la colocó en condición de opositora, desató las iras del dictador y sus acólitos que iniciaron acciones en todo el país contra el clero, incluyendo preferentemente la difamación. El 30 de mayo de 1961 se produjo el desenlace y el dictador fue ajusticiado, para ser sustituido por un Consejo de Estado, encabezado por Joaquín Balaguer hasta el año siguiente. La Iglesia permitió que muchos sacerdotes entraran abiertamente al ruedo político y electoral y asumieran funciones públicas en el Estado.

La Iglesia en el surgimiento democrático

Con el despertar democrático se inició en la República Dominicana un proceso político de amplia base social que permitió la llegada al poder, mediante las primeras elecciones democráticas de diciembre de 1962, del candidato del Partido Revolucionario Dominicano, el profesor Juan Bosch.

Pero muy pronto la jerarquía católica se volvió enemiga del proceso democrático que se iniciaba, y junto a los grupos conservadores, entre ellos muchos oportunistas que se llamaban a sí mismos cristianos, salieron a las calles a conspirar contra ese gobierno, acusándole de comunista.

La reforma de la Constitución de la República, heredada de la dictadura de Trujillo, se convirtió en el elemento de la discordia. Bosch aspiraba a una Constitución democrática y laica,

en que la educación no fuese dominada por ningún grupo económico, político o religioso. Y así se votó en medio de un extraordinario debate nacional. Los principales adversarios del presidente eran religiosos reconocidos y autoridades eclesiásticas que coincidían con los grupos que tras la sombra conspiraban, incluyendo a los remanentes de la dictadura trujillista.

Bosch fue derrocado a los siete meses de haberse instalado democráticamente y, a partir de ese momento, se inició una nueva crisis política, económica y militar que terminó con una revuelta constitucionalista y una intervención militar norteamericana en abril de 1965. Bosch acudió a las elecciones programadas para 1966, luego de pactada la paz con la Organización de Estados Americanos, pero no se atrevió a salir a las calles a realizar campaña electoral.

La ambivalencia del catolicismo

Joaquín Balaguer se juramentó como presidente y permaneció en el poder durante 12 años, que fueron sangrientos por la represión que durante ese período se desató contra los opositores y contra los ex militares constitucionalistas.

Al margen de algunos conatos, durante ese período hubo una identificación de la Iglesia con el Estado y Balaguer reafirmó su práctica de seducir con bienes, construcciones y favores, que cobraba quintuplicados políticamente.

Fueron muchos años de ondulaciones y ambivalencias en que siempre estaba clara la identificación de la jerarquía católica con el poder y, subterráneamente, sobrevivían movimientos progresistas que, sin cuestionar a la jerarquía, se dedicaban a promover valores democráticos y acciones encaminadas a cambiar el estado de cosas.

Por eso el ensayista y crítico José Rafael Lantigua, en su libro *La Conjura del Tiempo* (1994), lo retrató diciendo que

Corre una Iglesia distribuida en una corriente de oración y servicio, y en otra de presencia pública, y atención a las batallas del mundo. Corre una Iglesia jerárquica, siempre cercana al poder político, y una Iglesia militante, llena del polvo de los caminos de la utopía social; corre una Iglesia servidora, obsequiosa, silenciada, y una Iglesia profética, denunciante y virulenta; corre una Iglesia tradicional y una Iglesia renovada; corre una Iglesia de compromiso y días de guardar, y una Iglesia activa, de oración y penitencia; corre una Iglesia de sacerdotes templados en la prudencia y el recato, y una Iglesia de furores aristocráticos, que propende siempre al pecado del escándalo; una Iglesia política y una Iglesia contemplativa; una Iglesia dominical y una Iglesia doctrinal; una Iglesia cursillista y post conciliar y una Iglesia lefebrista.

En esa dualidad, que viene desde la llegada de los primeros misioneros a América, donde primero se asentaron fue en estas tierras, ha vivido y sigue viviendo la Iglesia Dominicana, unas veces con más fuerza y otras con menos, porque ha habido períodos en los cuales la jerarquía y la base han coincidido en un mismo interés, como ocurrió al finalizar la dictadura de Trujillo, o como ocurrió al finalizar el primer período de Gobierno del doctor Joaquín Balaguer en 1978.

Veamos a continuación una revisión breve de la historia de la Iglesia, vista desde dentro, por un grupo de religiosos y religiosas interesados en que haya más claridad sobre el papel de la Iglesia de las Comunidades Eclesiales de Bases, que generalmente aparece relegado y, con absoluta certeza, no forma parte de la historia oficial de la Iglesia, ni siquiera a través de los documentos que emite la Conferencia del Episcopado Dominicano, en muchos de los cuales aborda temas de la problemática social, política o económica, pero nunca observa a lo que se hace desde la base organizada de las comunidades cristianas.

Modernamente, ¿cuándo surgen las primeras comunidades?

Desde principios de los años 60 había un atractivo para la Iglesia dominicana por el trabajo con los pobres. Previo a las conferencias episcopales de Medellín y Puebla ya se sentía la necesidad de la cercanía, pero era algo disperso.

Había algunos sacerdotes que en sus parroquias se lanzaban a trabajar con los pobres. En Sabana Grande de Boyá, una comunidad del noreste, un sacerdote (el Padre Arturo) fue el primero en incentivar las cooperativas entre campesinos. Es una experiencia novedosa que está recogida en un libro que él mismo escribió. El padre Arturo fue asesinado en el año 1965, precisamente por su trabajo pastoral identificado con los pobres.

Otro caso fue el de los sacerdotes jesuitas en el barrio de San Miguel en 1965. Se trató de un grupo de sacerdotes que trabajaba en una parroquia que quedó dentro de la zona constitucionalista en la guerra civil de 1965. Uno de ellos, José Antonio Moreno, escribió un libro que recoge esa experiencia («Pueblos en Armas», publicado originalmente en inglés). Los otros jesuitas fueron Tomás Marrero y Manuel Ortega. Su trabajo al lado de los revolucionarios fue bastante fuerte, especialmente con la juventud que se había integrado a defender la soberanía nacional.

En el marco de la influencia del Concilio Vaticano II, de la Conferencia de Obispos Latinoamericanos en Medellín y del surgimiento de la Teología de la Liberación se recuerda que en Santiago, la segunda ciudad en importancia del país, entre 1969 y 1970, se creó una incipiente comunidad de inserción en el barrio El Ejido, con un proyecto pastoral que se fue afianzando. En 1971 ya había ramificaciones en varios barrios importantes de la capital del país, especialmente en la zona Norte, como Simón Bolívar y Capotillo.

Al final de los 60, sostiene el economista y jesuita José Luis Alemán, se definieron dos grandes opciones en la Iglesia Do-

minicana: la catequesis y el campesinado, y en ese orden vale recordar la trascendencia del trabajo catequístico del Instituto San Carlos Borromeo, de los Misioneros del Sagrado Corazón, en San José de las Matas, primero, y posteriormente en La Herradura, Santiago.

En 1969 los Dominicanos iniciaron un gran trabajo en El Seibo con los campesinos de la zona Este del país. El Padre Gratiano Varona fue uno de los primeros en tener dificultades por el trabajo con los campesinos, especialmente por la concientización en cuanto a la necesidad de la Reforma Agraria que entregara la tierra al campesinado. También tuvieron dificultades los Hermanos de La Salle, con el Instituto de Promoción Social, que buscaba precisamente afianzar el trabajo rural con un mayor nivel de conciencia. Dos Hermanos de La Salle fueron expulsados del país, y lo mismo pasó con el sacerdote jesuita Sergio Figueredo, que también debió salir del país para salvar su vida por la fuerte presión que produjo el Gobierno sobre él y sus actividades con comunidades campesinas. Se recuerda también el trabajo del sacerdote Miguel Domínguez, que sirvió para dar otra tónica a la Iglesia a final de los años 60.

El trabajo de base en los barrios de la capital

Es a partir de estos movimientos que se inicia en los años 70 el trabajo de las congregaciones religiosas con las Comunidades Eclesiales de Bases en los barrios Guachupita, Simón Bolívar, Capotillo, Santa Ana-Gualey y en Los Guandules. La reflexión sobre las repercusiones de ese trabajo es una tarea aún pendiente de la Iglesia, pero allí se sembró la primera base consciente del trabajo ya observado por los obispos reunidos en Medellín.

Otro espacio importante fue el trabajo de la Acción Católica, de vocación por el trabajo estudiantil. La Juventud Estudiantil Católica (JEC) llegó de Cuba de la mano de los Hermanos

Lasallistas, mientras que en el país se desarrolló y reconoció el Movimiento Estudiantil de Concientización (MEC), que orientaba el sacerdote jesuita Fernando Arango. Todo esto se realizaba al margen del movimiento estudiantil dominado por los grupos de orientación izquierdistas. El MEC se radicó, como los movimientos revolucionarios, en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, estatal.

La Conferencia Dominicana de Religiosos (CONDOR) estuvo lista para surgir en 1959, pero hubo que retrasarla unos meses para que no saliera primero que la Conferencia Latinoamericana de Religiosos (CLAR). La CONDOR jugó un papel muy importante, sobre todo en la vida religiosa femenina, en los barrios con el aporte realizado a congregaciones que requerían de una orientación social y política y no tenían donde acudir y, al mismo tiempo, contribuyó a la incipiente reflexión teológica que ya se sentía como consecuencia de los efectos de la Conferencia de Medellín.

Este trabajo se realizaba en un contexto político muy conflictivo, matizado por la represión gubernamental y por la radicalidad de los grupos de izquierda, que tenían mucha incidencia en los jóvenes con inquietudes sociales. Uno de los déficits mayores del Gobierno de los 12 años del doctor Balaguer (1966-1978) fue el de los derechos humanos.

Alrededor de los años 70 un grupo de religiosos jesuitas (Jorge Cela, José Fernández Olmo, Benjamín González y Tomás Marrero) partieron a Bélgica a estudiar teología, de donde retornaron con la decisión de insertarse al trabajo con las comunidades más pobres de la capital, a convivir con ellas su propio estilo de vida, con sus mismas limitaciones.

Es así como acudieron a Guachupita y fueron haciendo los contactos con las religiosas y con los grupos organizados que existían. Así comenzó el trabajo de evangelización en las comunidades de bases y en grupos pequeños que van creciendo poco a poco y van haciendo fermento dentro del mismo barrio, que era enorme, y alrededor de ellos, casi todas las

hermanas que estaban en los barrios. Ese trabajo sembró sus raíces y aún hoy mantiene una presencia notable y una labor de la que se habla en todo el país, tanto a través del Centro Bonó, como de los centros que ramifican su labor: el Centro de Estudios Sociales padre Juan Montalvo, el Centro de Producción Audiovisual, el Centro Jesuita para Refugiados, la Biblioteca del Bonó. La génesis de todo este trabajo estuvo en la creación y consolidación del Comité Para la Defensa de los Derechos Barriales (COPADEBA), del que surgió luego, estimulada también por CEDAIL una organización de vocación técnica para ayudar a los desalojados de los barrios de la Zona Norte, llamada Ciudad Alternativa.

Ese trabajo abrió las comunidades cristianas a otras perspectivas y razonamientos. La opción por los pobres no era únicamente la visión de los obispos de Medellín o de los teólogos de la liberación, sino también el punto de vista, entroncado con la realidad dominicana, de sociólogos como Roberto Casás, Isis Duarte, Luis Gómez Pérez o Max Puig, que acudían a debatir temas con las comunidades cristianas. Otros temas filosóficos o teológicos eran planteados a partir de posiciones de intelectuales, como Fernando Ferrán, o a partir de documentos educativos, como Granja Latina, producida por el jesuita José Ignacio López Vigil, quien realizaba una intensa labor educativa a través de Radio Santa María, una emisora del obispado de La Vega, que estaba bajo contrato dirigida por la Compañía de Jesús.

Sobre el Concilio Vaticano II y su repercusión en las bases

Un teólogo y estudioso del proceso contemporáneo de la sociedad y la Iglesia dijo que el inicio del movimiento cristiano comprometido se alimentó de los resultados del Concilio Vaticano II y, posteriormente, de la Conferencia de Obispos de Medellín.

«Primero, creo que Medellín y luego el Vaticano II le quitaron la vergüenza de ser cristiano al laicado dominicano. Para mí, que era estudiante en el 1968, era muy vergonzoso ir al liceo secundario siendo cristiano, al lado de todos los grupos marxistas, que nos acusaban de ser reaccionarios, idealistas, oscurantistas y acientíficos. Medellín significó un aval de la Iglesia a ese grupo de cristianos, que veníamos de la Acción Católica y que nos la estábamos jugando en los liceos». A partir de Medellín es cuando teníamos un documento que avalaba que los cristianos podían trabajar con los pobres y con la justicia social y contra el pecado estructural. Eso fue muy importante en esos grupos, según el teólogo.

El Instituto de Promoción Social (IPS) fue una experiencia muy importante, que nació con Miguel Domínguez, lasallista, y que aglutinaba en él la primera experiencia de trabajo social cristiano de ese tipo, luego de la revolución de abril de 1965. El IPS sale a partir de la guerra de abril y el Colegio de La Salle sirvió como refugio a un grupo de familias y en torno a ellas Miguel Domínguez tomó un grupo de jóvenes, con Guillermo de la Rosa a la cabeza, para trabajar con esas familias y de ahí surge el IPS específicamente y, posteriormente, convoca ampliamente a sectores estudiantiles, sobre todo universitarios, a trabajar en los barrios. Algunos se fueron a los campos.

Jerarquía conservadora, pero no tanto

Los años 70 fueron de una lucha política y social intensa. Mientras las comunidades se organizaban, había obispos que lanzaban campañas por objetivos específicos que educaban a las comunidades y generaban movimientos de solidaridad estimulantes. El caso de Monseñor Juan Félix Pepén, obispo de la diócesis de La Altagracia, fue significativo, pues lanzó abiertamente una campaña para que la empresa Gulf and Western detuviera la voracidad contra el movimiento campesino de la región Este. Había obispos intermedios, como

Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito que negociaba, y negociaba para bien muchas veces, con los representantes del Estado y de las empresas privadas. Él fue responsable de sacar a muchos jóvenes de la cárcel, apresados por el J2, un organismo de investigación de las Fuerzas Armadas.

Y otros, como Monseñor Roque Adames Rodríguez, que era un individuo militante y claro, amigo de Don Sergio Méndez, que fue importante en ese contexto de confrontación con el balaguerismo.

Hubo obispos como Juan Antonio Flores, en La Vega, que era muy cercano a los pobres, que más que estar opuesto a Balaguer, estaba con los campesinos y aprobaba sus reivindicaciones, y permitía que su emisora, Radio Santa María, se identificara y organizara al movimiento campesino, como realmente ocurrió durante muchos años.

«Es bueno recuperar esa memoria positiva de la iglesia dominicana, y específicamente de la jerarquía, a lo mejor no porque estuvieran en contra de Balaguer ni porque tuvieran una conciencia clara, pero el caso de Pepén, fue siempre una actitud ejemplar. El caso de Roque Adames, con una lucidez intelectual, llegó a decirse que formaba parte del grupo de avanzada que había entre los obispos de América Latina, que se llamaba el grupo de Riobamba, y que se reunían con Monseñor Leónidas Proaño y que una vez los norteamericanos, al mismo Roque Adames, cuando estaba con los de Riobamba los metieron presos y así salió en el mundo entero», dice uno de los religiosos que habló sobre el tema.

«Yo creo que nunca habíamos tenido en la Iglesia, un conjunto de obispos que estuviera tan cercano a una serie de cosas que veíamos como positivas», sigue diciendo.

Todo eso ayudó a que muchos religiosos y religiosas perdieran el miedo a las estructuras que tenían las instituciones religiosas y les abrió la mente, la puerta, la vida «y nos ayudó a que saliéramos de los conventos y nos fuéramos a vivir con los más pobres, y hasta la fecha estamos ahí, y eso nos ayu-

dó a igualarnos a ellos, a tomar posturas y caminar con ellos. Para mí lo más importante es la toma de conciencia de toda esa gente», comenta.

El trabajo interparroquial y las comunidades religiosas

La organización de las Comunidades Eclesiales de Bases, con su nombre moderno, vino después. Lo que se hacía era lo mismo, pero sin una denominación específica. «Lo que nosotros hacíamos era acercarnos a los pobres, ir y estar con ellos, aprender con ellos, pero no le pusimos nombre, eso vino después».

Fueron 5 parroquias que se iniciaron, Guachupita, Gualay, Espaillat, Herrera y Villa Mella. Los Guandules vino después. Se les llamó los 5: cinco parroquias con 5 sacerdotes, y después se les unieron las religiosas, cada año una, en coordinación. Era reflexión y estudio. No era al azar, era interparroquial. Eran los 5-5: cinco sacerdotes en parroquias con 5 religiosas de cada comunidad que formó lo que se llamó después CO-COINTER: Coordinación Interparroquial.

Se reunían periódicamente y tenían 4 equipos, porque veían que la formación pastoral que se daba a nivel de Iglesia institucional no llenaba las expectativas, las necesidades de los barrios y ahí se formó un equipo de formación, que daba la catequesis, un equipo de signos que era para buscar cantos que fueran más concientizadores y que revelaran más lo que iba ocurriendo dentro de este movimiento. Había un equipo de Encuentro, que era una revista que se estuvo publicando identificada con el movimiento de las CEBs.

La Iglesia y la izquierda dominicana

El movimiento juvenil católico desarrolló relaciones con varios partidos marxistas y muy especialmente con los Comités Revo-

lucionarios Camilo Torres (CORECATO). En la universidad, en el mundo estudiantil y en la ciudad de Santiago esas relaciones se profundizaron. En Santiago con el Centro de Formación Humana e Integral, donde coincidían muchos cristianos católicos con gentes de izquierda y que después fue el grupo que trabajó en La Vega. «Tuvimos experiencia con todos los partidos, hasta con el Movimiento Popular Dominicano (MPD)», que era el más radical de los partidos de izquierda, comenta uno de los religiosos involucrado en ese proceso.

Los jóvenes del barrio Simón Bolívar estaban en la izquierda, con el PCD y el MPD, pero no estaban con los CORECATO, porque ellos eran de ciudad. «Con ellos hubo una relación de amor-odio con el BRUC (Bloque Revolucionario Universitario Cristiano), que era la JRC en secundaria, toda la gente de la JEC estaba en el BRUC y de ahí surge el CORECATO. Hubo amistad con la gente del CORECATO, pero nunca hubo una formalidad con la organización. En ese momento la manera en que ellos manejaban la relación del partido con los cristianos era de un marxismo ortodoxo hacia el odio. Si buscas en el CORECATO el documento sobre religión del Primer Congreso, es una barbaridad, es Lenin aplicado a República Dominicana de ese momento. Los cristianos podríamos participar en el partido político pero para ser educados, porque estábamos equivocados de base», decían.

Eso no nos colocaba en la categoría de enemigos, pero impedía la posibilidad de una presencia más formal. La pugna se dio entonces de los jóvenes cristianos laicos en las izquierdas con ese marxismo ortodoxo y en esa discusión se consumió una parte del tiempo de ese movimiento, cuenta otro de los consultados.

Las prácticas eclesiales al lado de los pobres y otros portadores de fe

En los últimos tiempos muchas de las Comunidades Eclesiales de Bases han sido cooptadas por los movimientos

carismáticos, los catecúmenos, y poco a poco se han ido transformando. En este momento parecen tan estructuradas alrededor de esos movimientos que en algunos casos ya no es posible convocar una reunión si no se cuenta con la autorización del arzobispo, y han perdido toda la libertad con la que se iniciaron. La experiencia que va quedando es que tanto el movimiento catecumenal como el carismático las han invadido mucho.

En cuanto a la perspectiva que tienen las CEBs de resurgir, de constituirse en un movimiento eclesial desde la base, uno de los teólogos consultados dice que habría que estudiar el fenómeno, porque «la gente pobre no rechaza, acoge más bien y respeta las propuestas serias que se les formulan, pero creo que está bien definido actualmente lo que son las Comunidades Eclesiales de Bases, su organización y funcionamiento. Esperábamos que arribasen con más fuerzas que antes, pero la prueba es que se van los párrocos y la agrupación sigue y los pobres siguen participando. Yo creo que se han abierto más, las comunidades participan más a nivel político que antes y están en los otros grupos, reivindican y buscan algo para sobrevivir».

«Yo creo que han pasado muchas cosas en la Iglesia, pero el aporte de la comunidad está ahí, es inevitable, no hay forma de ocultarlo, tú vas a los barrios nuestros e históricamente hay una presencia de las comunidades que ha impactado las culturas populares de esos lugares, que también es real. Lo que pasa es que el perfil ha ido cambiando conjuntamente a los cambios sociales, las de hoy no son las mismas Comunidades Eclesiales de los 70, probablemente antes eran más beligerantes políticamente» comenta una de las fundadoras de las primeras CEBs en la capital.

La Iglesia clerical es muy fuerte frente al laicado y el laico siempre está sometido al sacerdote y a la Iglesia. En esa relación de dominio no se ha crecido mucho en la República Dominicana y, tal vez, por eso la Iglesia no ha crecido más, comenta uno de los teólogos.

Hacia dónde marcha la Iglesia dominicana

En la sociedad se ha impuesto una cultura que camina exactamente en otra dirección al del movimiento progresista dentro y fuera de la Iglesia. El modelo exitoso que se ha construido, neoliberal y globalizado, lo que hace es que predica otros valores y promueve otras identidades.

Eso no significa que todo está perdido. A eso hay que darle respuestas adecuadas, pensadas desde los grupos con mayor claridad ideológica y política, para no decir exclusivamente de los grupos cristianos comprometidos.

Los encuentros que se están produciendo a nivel de América Latina, como el Movimiento Pacifista o el Movimiento Ecológico o el Movimiento de Mujeres, tienen muchas razones en contra de esa lógica globalizadora y neoliberal. «Ahora, para poder armar esa respuesta hay que pasar por una experiencia de Dios que dé cabida a esos valores».

Eso podría implicar un trabajo con las CEBs sobre la base de una nueva espiritualidad, de forma que no sea únicamente algo teórico, sino vivido.

En ese sentido una de las religiosas con las que conversamos nos comenta que la Red Bíblica está organizando en varios barrios la reflexión sobre la palabra de Dios, precisamente con ese propósito, «para ver de qué manera logramos que la espiritualidad sea lo mismo que teníamos, pero mirándola desde hoy, de lo que estamos viviendo hoy. Sí se puede, pero con pequeños grupos de diez y quince personas para que ellas mismas vayan diciendo cómo viven esa experiencia de Dios en la cotidianidad con esa fuerza. Yo creo que sí, que se están haciendo intentos».

Otra de las religiosas nos dice que es necesario mirar a lo que fue la vida de Jesús. «No fue una vida de triunfos, sino por el contrario, una vida dura y con crisis. Fue una pasión lo que vivió él con la oposición de todo el mundo. Pero, dentro de eso tenemos la promesa de Él de estar con nosotros. Y yo creo

que eso es lo que nos mantiene. Continuar con eso y fortalecernos como pequeños grupos, para ir diciéndoles a otros. Es lo único que puede ayudar ahora».

Recientemente en la prensa dominicana apareció la información de que un grupo de muchachos y muchachas hicieron votos de virginidad hasta llegar al matrimonio. Eso da pie a un comentario de uno de los teólogos con los que conversamos.

«Tú puedes estar de acuerdo o no con ese hecho, pero es un indicador importante. Así como hay respuestas a la delincuencia, al desastre, hay un hambre de Dios que es expresada por muchos caminos. Ese es un camino, equivocado o no, que nos está indicando que hay una posibilidad real en la sociedad dominicana, que hay una juventud que vive esa cultura, pero que a su vez hay gente que está buscando una experiencia alternativa, que llega hasta al voto de virginidad hasta el matrimonio. Yo quizás no coincido con el camino, pero el hecho indica que hay un terreno esperando para una acción. Así como hay cierres ideológicos hoy, yo creo también que hay aperturas ideológicas. Yo creo que el tema de los derechos humanos es una apertura ideológica. Yo creo que es una gran carretera el tema de los derechos humanos en el cual cae gente mucho menos radical que lo que era antes. Hay que descubrir carreteras nuevas para llamar a esos compromisos y a esa nueva espiritualidad. ¿Cómo somos capaces de convocar a un cambio social, en una experiencia de Dios vivida, reivindicando el derecho de los seres humanos a la vida, a la cultura, a la participación? Si lo pones de manera radical, aleja sectores eclesiales o no eclesiales. Si lo abres y lo pones «*menos ideológico*» tú puedes convocar a muchos más sectores, la jerarquía incluida».

El papel de la jerarquía en la perspectiva cristiana

Sobre el papel de la jerarquía y los niveles de relación con el clero y sus comunidades, aparece una opinión que postula la existencia de información adecuada. Es el relato de una re-

ligiosa que entiende positivo informar lo que se hace en las comunidades y así sensibilizar a los obispos.

«Nosotros tenemos muchas veces la culpa de cómo es nuestra jerarquía, porque si nosotros no informamos, no buscamos, no le llevamos información, no sensibilizamos, ellos van a tener otros contactos y van a estar influenciados por esos contactos. Yo creo que nosotros también tenemos parte dentro de eso. Viendo, por ejemplo, la conversión de Monseñor Oscar A. Romero (El Salvador), ¿quién fue el canal para la conversión? Fue el padre Rutilio Grande. ¿Y quién sabe cuántas personas nosotros estamos dejando pasar por no acercarnos y contarles, decirles cómo está viviendo la gente? Entonces, yo creo que tenemos cierta responsabilidad en todo eso. Tendría que ser muy dura la persona para cuando uno le plantea lo que Jesús hizo y no verlo dentro de su vivencia».

En perspectiva, el problema tiene solución, porque en el contexto de la Iglesia y en el ámbito mundial han cambiado ya muchas cosas. Especialmente en lo que tiene que ver con los miedos ideológicos.

«Creo que también hay que cambiar el «chip» de la concepción de lo que se entiende por la misma Iglesia. Estamos hablando de una referencia muy concreta, de un contacto de primera instancia y es lógico y normal que, si queremos vivir en esta dimensión eclesial, no podemos vivir de espaldas a la jerarquía. Creer que la espiritualidad o que los toques vengan dados desde arriba, me parece que no es correcto... Hemos estado haciendo eco y tratando de empujar este espíritu que ha animado a todas las comunidades de base. Yo creo que hay experiencias muy fuertes para que ellos se involucren también. La conversión no es solamente de la base, tiene que ser también de la cúspide y esperar siempre ese foco de espiritualidad, como muchos lo estamos esperando».

Sigue comentando que quizás el síntoma de involución sea esa inseguridad que tiene la gente de pensar por sí misma, de querer pensar y asumir riesgos por sí misma. Reflexiona que «se está notando mucho en los proyectos teológicos que

se están dando en las universidades católicas, que adolecen mucho de ser incisivos, comprometedores, de búsqueda inquietante. Entonces, la espiritualidad entendida así es difícil de ver cómo pueda progresar».

Un religioso comprometido refuerza la reflexión diciendo que «no podemos ver las cosas como en oposición a la jerarquía solamente, porque sería muy injusto. Yo creo que el asunto hay que verlo desde la perspectiva de un modelo eclesial que nos incluya a todos, porque quizás algunos y algunas estamos en una situación de involución. Para darte un dato –por ejemplo- la formación del clero, que acentúa toda una serie de situaciones (quizás es peor que un obispo malo, porque hace más daño). Todo se reduce, hay que ver la realidad de este poder eclesial, que ha ido en involución, que golpea, crea un estilo y crea incluso un cierto tipo de espiritualidad».

En República Dominicana las vocaciones sacerdotales han crecido en los últimos años. Hay un aumento del clero. Los seminarios diocesanos están repletos de seminaristas con camisas negras y cuello blanco, con un estilo de ser sacerdotes, con una manera de trabajar en una parroquia. Son formados para administrar parroquias, y eso es bueno...Pero hay una disminución de la vida religiosa, de los hermanos, lo cual es sintomático.

Esto quiere decir que cuanto más conservadora es la Iglesia más vocaciones tiene, que cuanto más conservadora es la congregación más vocaciones le llegan. Y mientras más hábitos tienen puestos más conservadores son. «Habría que ver qué buscan los jóvenes en esas congregaciones».

Ciertamente, esto plantea un avance del conservadurismo en la Iglesia y en la sociedad. Pero también hay una explicación que viene dada por la misma situación del país. «Muchas veces se buscan unos refugios, una huida, una seguridad y muchos encuentran esto en la Iglesia, en el seno de la Iglesia, haciéndose sacerdotes, haciéndose religiosos. Por qué en los países donde no hay estos problemas económicos, de tanta hambre y tanta marginalidad, no hay las vocaciones que hay

aquí. Toda la vida, en los países pobres, eso ha sido un refugio, la vida religiosa, y ahora estamos en una situación económica muy crítica».

Hay mucho que se puede hacer hacia delante, por ejemplo, en la formación del clero diocesano y religioso. «Hay una inquietud en los laicos de consolidar esa fe –dice un religioso dominico-. Y no es por reacción ni en contra de, sino porque van redituándose en el espacio, en la comunidad eclesial. Claro, es un pensamiento muy primario, tipo primera etapa. Pero también hay cosas que no son como debían ser y cosas que podrían ser mejor de lo que son. Entonces empiezan ya a afinar con la lectura, con el estudio y van posicionándose en una Iglesia que posiblemente no se vislumbra dentro de un cambio muy fuerte, pero es un elemento radical que, posiblemente, si se le mima, si se le forma, podría ser un agente de cambio. Hay muchos celos porque se cuida mucho qué es lo que se da, qué es lo que enseña, porque se protege mucho, pero bueno ya hay un inicio de que se accede a un nivel de reflexión y eso es importante».

Bibliografía consultada

Adames, Fausto Rosario y Saturnino Rodríguez. *Santo Domingo encrucijada de la Iglesia*. Estella: Editorial Verbo Divino, Colección Horizonte, 1994.

Documentos de la Conferencia del Episcopado de la República Dominicana (1955-1969). Editado en Santo Domingo, Distrito Nacional, 25 de junio 1969.

Lantigua, José Rafael. *La conjura del tiempo. Memorias del hombre dominicano*. Santo Domingo: Impreso en Amigo del Hogar, 1994.

Rosario, Esteban. *Iglesia Católica y Oligarquía*. Primera edición, Editora Búho, 1991. (Segunda edición. Santo Domingo: Editora Central CxA, 1999).

Sáez, SJ, José Luis. *El quehacer de la Iglesia dominicana (1511-2011). Historia y antología*. Santo Domingo: Dirección General de la Feria del Libro, 2011.

Sáez, SJ, José Luis. *La sumisión bien pagada. La Iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961)*. Tomos I y II. Santo Domingo: Colección Archivo General de la Nación, 2008.